

Conversando con Jon Sobrino

Padres y Maestros

Padres y Maestros-¿Qué diagnóstico hace usted del mundo, de esta sociedad?

Jon Sobrino- No soy un teórico social, pero creo que he aprendido a abrir los ojos, lo cual, aquí en El Salvador, no tiene mucho mérito. Hace unos pocos años, James Gustave Speth, funcionario de las Naciones Unidas para el programa de desarrollo, decía: “*estamos pasando de lo injusto a lo inhumano*”. Tiene razón. Y creo que últimamente va a peor, a ser un mundo cruel. Cinco años después de la anterior guerra de Irak, UNICEF denunció que medio millón de niños habían muerto a causa del boicot de alimentos y medicinas. Este dato no necesita mucho análisis. Y es sólo un ejemplo.

Por eso, al pensar y analizar la sociedad, lo primero que me viene a la mente no es si hay globalización o si la va a haber, sino si hay deshumanización o no, si va en aumento o está decreciendo. Creo que la injusticia campea impertérrita y que la crueldad (Irak, Afganistán, África...) está llegando a extremos insospechados. Por supuesto veo más cosas en nuestro mundo, algunas buenas, como el “despertar” de muchos a propósito de Irak, pero por ahí quiero empezar.

¿Qué educación necesita esta sociedad que nos acaba de describir?

Ciertamente hay que educar, pero para ello tenemos, antes, que ser educados. Y el primer paso que debemos dar como “educadores educados” es ver la verdad de la realidad. A eso le llamo “la honradez fundamental”. Luego habrá que pensar en si la pedagogía ha de ser personalizada, activa, comunitaria, etc. De lo que sí estoy convencido es que a través de la educación hay que hacer despertar a la gente. Nosotros debemos despertar y ser honrados con la realidad, y después ayudar a la gente a despertar de la ceguera que imponen los diversos sistemas, incluido el sistema democrático tal como funciona en Occidente. Las mayorías, por ejemplo, no conocen prácticamente nada de África. África simplemente no existe. Educar es al menos hacer que África llegue a existir.

Educar, como modo de introducir en la honradez con lo real, significa también preguntarse por las realidades políticas fundamentales. Por ejemplo, ¿lo político es vehículo para decir la verdad de las cosas, para huma-

“Educar es ayudar a la honradez con la realidad de nuestro mundo”.



nizar? ¿O está pensado para otra cosa? Yo lo que veo en este mundo occidental es que está pensado fundamentalmente para que el 25% o el 20% de la humanidad goce de "buen vivir", lo cual no es lo mismo que "vivir humanamente", y a veces lleva a lo contrario. Yo no veo, por ejemplo, que la democracia esté pensada para que haya misericordia en este planeta. Las protestas contra la guerra de Irak, incluida esencialmente la misericordia hacia los 28 millones de iraquíes que tanto van a sufrir, no creo que tenga como raíz fundamental los sistemas democráticos de nuestro mundo. La misericordia vive de otra savia, y sobre eso debe versar también la educación.

Volviendo atrás, educar es también ayudar a poner nombre a realidades y pueblos que ni nombre tienen. Un ejemplo escandaloso es la reacción a los atentados contra las torres de Nueva York: El 11 de septiembre se ha introyectado en la conciencia colectiva como cosa real, y todo el mundo sabe lo que ocurrió ese día, porque es algo que afectó a un país de abundancia como es Estados Unidos. En cambio el 7 de octubre a nadie le suena. Ese día comenzaron los bombardeos contra Afganistán ordenados por Bush. Unos, ricos, poderosos, industrializados, demócratas, tienen nombre y tienen calendario. Otros no tienen ni nombre ni calendario.

Digamos, pues, que educar en el mundo en que vivimos es muy esencialmente, aunque no exclusivamente, introducir en la verdad de nuestro mundo, ayudar a la honradez con esa realidad. Y, por supuesto, aunque ahora lo diga muy brevemente, propiciar la compasión y la justicia ante las víctimas.

¿Qué atisbos de solución ve a este estado actual del mundo?

Evidentemente el panorama es sombrío. La ONU no es eficaz para

buscar soluciones, por decirlo suavemente. Y las democracias más conocidas -y cacareadas- hacen al mundo peor de lo que está. Los caminos de solución van por otro lado: generar conciencia sobre la verdad y crueldad de nuestro mundo, y también sobre su generosidad. Y sacudir las conciencias para poner a producir la compasión y misericordia. En este sentido dan esperanza los movimientos antiglobalización, el foro social de Porto Alegre... Sobre todo ahora que a la denuncia añaden propuestas serias y bien pensadas en lo económico, social, ecológico, basadas en buenos análisis.

Yo no sé cómo se puede generar esto en las escuelas y colegios, pero bien se podría organizar ahora, por ejemplo, seminarios sobre Iraq, Afganistán, El Congo, para conocer cómo viven y mueren sus gentes, analizar por qué y analizar también qué responsabilidad tenemos desde Europa y desde España con nuestro nivel de vida en todo ello. Lo mismo pudiera hacerse en los púlpitos de las Iglesias todos los domingos -y quizás así se llenasen un poco más.- Además para hablar de Jesús y de Dios no es un mal camino hablar de cómo está su creación, si Dios está contento con ella o harto de tanta hipocresía y crueldad. Y si un domingo no se nos ocurre nada sobre la creación de Dios decir simplemente: "hoy no hay homilía porque no sé qué decir". Pero si hay mucho que decir, y en estos días hay varios movimientos cristianos entorno a la Iglesia que son esperanzadores.

Y en este contexto de los atisbos de solución quisiera decir una palabra sobre los mártires, aunque encuentro una gran dificultad para hablar en Europa y en E.E.U.U sobre los mártires. Y quiero comenzar explicando por qué, pues quizás ayude a comprender qué aportan los mártires a nuestra sociedad. A mi me suelen escuchar,

quizás por respeto y hasta con cariño, hablar de mártires, pues mataron a mi comunidad. Pero en el ambiente social actual hablar de mártires suena a sangre y a masoquismo, lo que obviamente no interesa a nadie, ni menos a una sociedad del bienestar, del buen vivir, que se queja de que todavía no viven tan bien como en los países nórdicos, por ejemplo. Y también es difícil hablar del "mayor amor" en un mundo estructuralmente individualista y egoísta.

Pero resulta que los mártires son, ante todo, gente magnífica, testigos insignes y preclaros -y mucho más numerosos de lo que se piensa de ese "amor mayor". Hablar de ellos no es exaltar "la sangre", sino recordar agradecidamente que hemos visto una gran misericordia. Y esas gentes, como Monseñor Romero, o las gentes de un gran amor, como Don Pedro Casaldáliga, Ignacio Ellacuría, Lula, son las que nos ponen en el camino de la esperanza para buscar y encontrar soluciones. Sin ellos no veo mucha solución humana y duradera.

En la Universidad Centroamericana, ¿cómo educan en esto?

En primer lugar una palabra muy breve sobre la UCA. Fue fundada en septiembre de 1965. Un grupo de padres de familia "católicos" se acercó a la Compañía de Jesús con la intención de promover el establecimiento de una segunda universidad, pues querían evitar que sus hijos asistiesen a la Universidad estatal en la que por aquella época imperaban las ideas marxistas y revolucionarias.

En esta situación comenzó la UCA, para defender el catolicismo y la fe de los jóvenes de clase media y alta. Pero muy pronto hubo un gran cambio, impulsado sobre todo por Ellacuría, en la concepción de lo que es una Universidad, incluida una Universidad cristiana. La Universidad es ante todo

una realidad social, está posibilitada por la sociedad, y ha de rendir cuentas a la sociedad. Según esto, lo específicamente cristiano de una Universidad consiste en cómo ver la sociedad, el sistema económico, etc. desde los saberes típicos de la universidad. Cómo analizar la sociedad y emitir un juicio de inspiración cristiana.

¿Donde entran los estudiantes en esta nueva visión, en que se les quiere transmitir también esos conocimientos? Ante todo en que reciban esos conocimientos. Y por eso decía Ellacuría que la materia a enseñar en todas las carreras era la realidad nacional. Esa realidad tiene prioridad lógica sobre los estudiantes. En ese sentido, solía decir que se contentaría con que la mitad del estudiantado rebajase su derechismo, es decir, querer mejorar en la propia vida, aunque el sistema fuese injusto, pues de esa forma algo se rebajaría el egoísmo estructural del país. Si además el 15 o el 20% rebajan notoriamente este egoísmo y un 10% por ciento llegan a ser personas entregadas y comprometidas, eso es un gran logro para el país.

Cómo hacer esto no es fácil, y menos de forma obligatoria. Al principio, dada la situación de la década de los sesenta y ochenta, la UCA no tenía tiempo ni capacidades, para dedicarse mucho a los estudiantes. Ahora parece que vamos vislumbrando algunos caminos. Lo fundamental sigue siendo que los estudiantes se empapen de la realidad nacional y del mundo. Que les afecte y que les sacuda... Y citando de nuevo a Ellacuría, "que tengan una pasión revolucionaria por el estudio" -para hacer una revolución, para revertir la historia-, es decir que se formen lo mejor posible para que lleguen a ser, como suelo decir, ingenieros de la liberación, abogados de la liberación, médicos de la liberación...

Además procuramos ofrecer facilidades para una formación

humana y cristiana más profunda. No alcanzamos a muchos, pero sí a algunos. Ofrecemos charlas, conferencias... También nos esmeramos en cursos de ética.

En ese contexto quisiera decir una palabra sobre la herencia que nos dejó San Ignacio, pues hoy se habla mucho de "pedagogía ignaciana". Yo creo que San Ignacio hoy tiene mucho que ofrecernos, pero si lo actualizamos no de cualquier forma, sino desde y para un mundo oprimido: ante los pueblos crucificados; preguntarnos qué hemos hecho y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz; ante la civilización de la riqueza que se nos mete por todos los poros de nuestro cuerpo (dinero, buen vivir, la liga de las estrellas, con perdón...), proponer la civilización de la austeridad, del compartir... Ambas cosas están tomadas de los ejercicios espirituales; meditación de los pecados y de las dos banderas.

Creo, pues, sinceramente en el potencial de San Ignacio, pero no me parece correcto absolutizar lo ignaciano, como, en mi opinión, ocurre en nuestros días con alguna frecuencia. Me parece más bien peligroso. Y me explico. Yo creo que en El Salvador hay que llevar a los estudiantes la figura de Monseñor Romero, para que se animen a ser gente de lucidez, misericordia, y justicia. Ellacuría dijo: "con Monseñor Romero Dios pasó por el Salvador". La frase es bellísima, pero lo que nos interesa es que los alumnos sepan que el paso de Dios no es una cosa extraña, sino que ocurre en nuestro mundo. Entonces sí. Podemos decir que Dios pasó con Jesús de Nazaret, con Francisco de Asís, con Ignacio de Loyola, con Monseñor Romero, con Dom Helder Cámara... Y con Simone Weil, Dorothy Day, Ita, Maura, Dorothy y Jean, Silvia Arriola... Y con muchos otros hombres y mujeres, sencillos, sufridos y buenos, "cristos crucificados", en el tercer y cuarto mundo,

que suelen ser muchas veces desconocidos para los universitarios. Entonces sí. En esa "nube de testigos", San Ignacio puede ser muy importante. Su modo personal de ser, de observar y discernir, de autoconocerse, su experiencia en el trato con otras personas, para cambiarlas y mejorarlas, puede ofrecer elementos muy útiles para la pedagogía.

¿Necesita Europa la misma educación que América Latina?

Yo creo que la diferencia fundamental no viene de estar en Europa o en América Latina, sino que es más profunda. Los seres humanos nos dividimos en dos grupos: los que damos la vida por supuesto -que somos nosotros-, y los que no la dan por supuesto -las mayorías del planeta-. No voy a hablar ahora de estos últimos, pero sí de nosotros, y ya he dicho que para educar lo más importante es despertar.

Me gusta recordar que en 1511, en la República Dominicana, en el tercer domingo de adviento, Antonio Montesinos, dominico, subió al púlpito y comenzó con estas palabras: "Todos ustedes están en pecado mortal, en él vivís y en él morís". Y les da la razón: "por cómo tratáis a estos indios". Y prosigue: "éstos, ¿no son hombres?, ¿no tienen ánimas racionales?, ¿no sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿esto no entendéis?, ¿esto no sentís?". Y termina: "¿cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?".

Pues bien, en América Latina ha ocurrido algo de este milagro del despertar "de sueño tan letárgico". Los mismos pobres nos lo han hecho posible. Y desde ahí puede comenzar un proceso educativo distinto, incluyendo la revolución pedagógica de Paulo Freire con su "pedagogía del oprimido".

Qué hace despertar a la gente en Europa, no lo sé. Yo lo que he visto es que cuando la gente va a El

Salvador, o al África, y choca con la realidad, algo se produce. Lo importante es ver y dejarse afectar. Y yo suelo añadir: "y oler". Cuando uno quiere salir corriendo porque ya no aguanta el mal olor es que se ha topado con la pobreza. En videos la pobreza puede ser hasta bonita. Una niña desnudita, sonriente, jugueteando, nos alegra con su mirada y su sonrisa... Y sobre todo hace despertar, ver y dejarse afectar cuando uno se topa con la sencillez de vida, el compartir, aun cuando no haya mucho, la generosidad, hasta dar la vida, la fortaleza en sufrimientos increíbles, la esperanza de que la vida -la utopía- es posible, la fe en el misterio de Dios... Hace despertar que la buena noticia es posible.

¿Quiénes son los pobres de hoy?

Quizás los pueda describir en cuatro palabras. Pobres son los que no tiene medios de vida, los que no tienen dignidad (son despreciados e insultados), los que no tienen palabra y los que ni siquiera tienen nombre. La conclusión es que la vida les es una pesada carga. De esos pobres hay centenares de millones en nuestro mundo.

No tienen medios de vida. Baste recordar los 1,300 millones que, para vivir, tienen menos de un dólar al día.

No tienen dignidad, sino que son objeto de un inmenso agravio comparativo. En E.E.U.U. un bebé consume 420 veces más recursos que en Etiopía en todo el proceso de concepción, gestación, parto, primeros meses, etc. Eso es insultante. En un periódico lei hace tres o cuatro años que en un campo de fútbol de España había 125.000 millones de pesetas en los 22 jugadores; y, añadía, "sin contar los reservas ni el entrenador ni el equipo técnico". 125.000 millones de pesetas es unas dos veces el presupuesto del Tehad, un país africano

que tiene 7 millones y medio de habitantes. Es el insulto objetivo, estructural -independientemente de la voluntad de las personas- hacia el pobre.

No tienen palabra. Dicen que hay libertad de expresión, pero eso no significa en absoluto que todo el mundo puede hablar. En la calle probablemente sí, pero en un periódico, o en la televisión no. La expresión hay que pagarla, y, si no pagan, la libertad de expresión es farsa o escarmio. ¿Qué palabra nos llega a nosotros de lo que dicen las madres en Irak, o las madres que caminaron miles de kilómetros en los Grandes Lagos con la casa a cuestas? En este contexto hay que comprender la hondura de las palabras de Monseñor Romero: "Estas homilias quieren ser la voz de los que no tienen voz, la palabra de los que no tienen palabra". Monseñor quiso devolver a los pobres la palabra.

Y por último, los pobres no tienen ni siquiera nombre, es decir, no existen. ¿Qué nombre tienen para nosotros los africanos del Congo? ¿Quiénes son, cómo son, cómo viven, cuántos son? Lo normal es que no lo sepamos, y además, no interesa. El ser pobre es no ser. Si el 11 de septiembre pasa algo en Nueva York, tiene fecha, tiene nombre, existe; pero si pasa en Timor del Este no existe. Y en esas estamos hasta el día de hoy.

¿Qué nos aportan los pobres a la educación, a la vida?

Aunque parezca empezar por el final creo yo que lo más importante que nos aportan los pobres es una utopía, su contenido y la fuerza para caminar hacia ella. La utopía pertenece a la naturaleza humana, y sin ella no se puede vivir. En el norte del planeta la utopía consiste en el buen vivir, en libertad y, ahora, después del 11 de septiembre, en seguridad y sin miedo. Ese miedo de Europa, del que hablé en

Barcelona Ellacuría meses antes de ser asesinado, es un miedo a perder el "buen vivir".

En Europa la utopía está en crisis. Entre los pobres no; la utopía es la vida. La utopía es tan necesaria como la vida. En el Salvador nadie tiene como utopía ganar la Champions League. No es que sea absurdo querer eso, pero allí las condiciones materiales no dan para ese deseo. Tienen otra utopía: pasar de comer dos tortillas a comer tres tortillas al día, terminar la primaria y -nada digamos- la secundaria, reunirse familias divididas o encontrarse de vez en cuando los que están en el país con los emigrados a Estados Unidos. Y otras utopías: algunas estremeecedoras, como la de encontrar el cadáver de un hijo para enterrarlo; otras enternecedoras, como la de aprender a leer para poder leer la biblia; otras reconfortantes, como la de formar comunidad... Y también los pobres pueden mover hacia el ideal de la familia humana. Yo no creo que va a ser el poder de los cinco miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas lo que va a universalizar lo humano.

Ellos son también los que pueden convertirnos (palabra religiosamente correcta y políticamente incorrecta), lo cual es difícil, pero necesario para sobrevivir y para vivir como humanos. Creo sinceramente que este mundo necesita conversión, se acepte o no a Dios. Pero los pobres pueden exigirnos conversión y referimos no a cualquier Dios, sino a su Dios, que les ama y les defiende, y a Jesús, que hasta el día de hoy nos ofrece, mejor que el mundo en que vivimos, humanización e incluso gozo. En los pobres hay un potencial de humanización muy importante y muy necesario para todos nosotros. ■